

ADRIÁN C. ESCOBAR: *Diálogo íntimo con España*. Buenos Aires, Club de Lectores, 1950. 385 páginas.

En este último lustro, justamente contado desde que terminó la segunda guerra mundial, se ha publicado un extraordinario número de «Memorias», en las que protagonistas destacados del drama relatan los acontecimientos en que intervinieron, las situaciones políticas y militares con que se enfrentaron y los acuerdos y negociaciones que hubieron de concertar. De ellas, el primero y más temprano grupo está constituido por los «Diarios» de jefes políticos vencidos; otro, por las obras de los vencedores; en un tercer grupo, habría que incluir el relato especial de los acontecimientos bélicos por los jefes militares; finalmente, las «Memorias» de aquellas personalidades que si no intervinieron decisivamente en la política general de la guerra, sí tuvieron a su cargo importantes misiones diplomáticas.

Todas estas obras son, desde luego, importantes; pero ninguna definitiva. Estamos todavía demasiado cerca de los acontecimientos, y hay aun mucho que silenciar o difuminar. Además, aun cuando en ellas se exponga la verdad, no puede encontrarse *toda* la verdad. Unas más y otras menos, estas obras deben ser tenidas muy en cuenta para poder formar un juicio objetivo sobre los grandes acontecimientos de que hemos sido espectadores, pero teniendo siempre presente que la información que se nos suministra es unilateral e interesada.

Y lo mismo hay que decir con respecto a la publicación de documentos tanto de los Estados vencidos, a cargo de los vencedores, como los propios de éstos.

En cambio, reflejan en gran medida con más imparcialidad los acontecimientos de estos años de guerra, una clase de obras que podríamos incluir en grupo aparte, pero

tangencial: las escritas por políticos y diplomáticos de las naciones neutrales en torno a gestiones en las que intervinieron, relacionadas más o menos indirectamente con el conflicto bélico, siempre que, naturalmente, se exceptúen a este respecto de objetividad las dadas a luz en defensa polémica de una postura nacional. Por el contrario, en esta clase de publicaciones, necesariamente su interés mundial tiene que ser menor, porque sus protagonistas no desempeñaron un papel tan columbrante en general, por importante que fuere en lo particular.

Si esto es así, y limitándonos ahora a lo relacionado con España, no debe extrañar que inicialmente conceptuemos a este libro que acaba de llegar a nuestras manos y que es objeto de recensión, como más exacto definidor del ambiente político internacional español de 1939 a 1945, que aquellos otros escritos por los antiguos Embajadores de los Estados Unidos e Inglaterra en Madrid, señores Hayes y Hoare. Oportunamente se han criticado ambos entre nosotros, poniendo de manifiesto su esencial parcialidad, aunque en grados muy distintos, y no tenemos por qué referirnos ahora a ellos, si bien debemos reiterar que nos parecen indispensables para un completo conocimiento de la política internacional española de estos últimos años. Y para completarlos, desde otro punto de vista, ahí están los libros de Serrano Súñer y Doussinague, si bien, con todo, hay que tener en cuenta que todavía no es posible, y tal vez no sea aun oportuna, una relación completa de unos acontecimientos diplomáticos que serán tarea propia de historiadores futuros.

Claro es que se objetará a nuestra conceptualización anterior del libro que recensio-

namos, que su imparcialidad pudiera dimanar de no haber sido su autor agonista al modo de los dos Embajadores anglosajones citados, sino espectador, aunque preferente, en su calidad de Embajador de la República Argentina. Fillo, desde luego, podrá aceptarse en relación con las negociaciones entre los beligerantes y la España neutral o no beligerante. Y de aquí que no debamos buscar en estas «Memorias» del Embajador Escobar, sensacionales «revelaciones» sobre la segunda guerra mundial y la actitud española. No es este el objetivo de su obra. Su título indica bien a las claras su carácter, por encima de su subtítulo, más sonoramente expresivo: *Memorias de un Embajador durante la tempestad europea.*

* * *

El Dr. Adrián C. Escobar, personalidad de gran relieve político argentino, fué designado Embajador de su país en Madrid en noviembre de 1940, y cumplió su misión diplomática en España hasta finales de 1942. Estos dos años fueron, tal vez, los más decisivos para la política de neutralidad española. Y en ellos España quiso en todo momento mantener su no beligerancia ante la segunda guerra mundial.

Que lo anterior es exacto queda bien demostrado en las páginas escritas por el Embajador Escobar, quien, ya al relatar nos la presentación de sus cartas credenciales, nos atestigua esta decisión del Jefe del Estado español: «El General Franco —escribe (págs. 33)— me habló de la situación española con cuidadosa discreción, dejándome entrever que todos sus afanes estaban dedicados a impedir que España fuera envuelta en la tremenda tempestad. De esa entrevista obtuve la conclusión de que España no debía entrar en la guerra, que mantendría firmemente su neutralidad y que resistiría por todos los medios las presiones que se pretendiesen ejercer sobre ella, vinieran de donde vinieran; que esa resolución era propia del Gobierno español, inspirado en intereses puramente nacionales.» Más adelante, el diplomático argentino atestigua (pág. 142) la acción de los dos grupos beligerantes para que España se incorporara a la guerra, señalando los esfuerzos de la Gran Bretaña y del Eje para «listarla entre sus filas». «Fué una lucha denodada para evitar la gran catástrofe, y yo tuve oportunidad de ser observador im-

parcial de muchos episodios realmente definitivos. Si España permaneció apartada de la contienda fué por su propia determinación, por propia resolución de su Gobierno, y no por la presión exterior o por la habilidad de ciertos diplomáticos». Y añade, todavía el Dr. Escobar en un párrafo expresivo, que reproducimos pese a su extensión (pág. 177): «España mantuvo su neutralidad haciendo los mayores esfuerzos, defendiéndose de todos los ataques. Se había convertido su política en una cuestión candente, y la disyuntiva que se le presentaba era terrible. Creo que si España se hubiera incorporado al Eje, su territorio habría sido campo de una guerra atroz. Igualmente le habría pasado a Portugal. Si los países que forman la Península Ibérica hubieran luchado junto con la Gran Bretaña, las mismas consecuencias se habrían producido. La neutralidad no beligerante mantenida en la forma conocida, evidentemente libró a España de sufrir la invasión germana; era el único camino que podía escoger. No es posible negar que el Gobierno español se daba cuenta de lo que podría ocurrirle a su país, y por eso siguió una política que adaptaba según las circunstancias y los acontecimientos; política que, por cierto, no podía agradar a ninguno de los beligerantes, pero examinando fríamente la cuestión, podemos observar que si la Gran Bretaña y después los Estados Unidos siguieron con prevención y precaución el ritmo impreso a su política por España y si bien ejercían fuerte presión en determinados momentos, eran tolerantes y aceptaban los hechos consumados en la esperanza de que España no se comprometiera y llegara a participar en la guerra a favor del Eje. Podríamos decir que había una coincidencia: España se mantenía por su propio interés alejada de la contienda, y eso precisamente le convenía a Gran Bretaña y a Estados Unidos. ¿Qué hubiera sido del territorio español y de otros países europeos y del Próximo Oriente si no se hubiera salvado, ¡a duras penas!, de entrar en la guerra?»

Por otra parte, el relato de los avatares de la política exterior española de estos años hecho por el Dr. Escobar, confirma plenamente esta impresión personal recibida directamente durante el desempeño de su misión en España.

* * *

En otro aspecto, el Embajador argentino nos da en su obra penetrantes juicios sobre personalidades políticas españolas y diplomáticos extranjeros. Entre éstos es muy interesante la descripción de sus colegas del Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid. Así, refiriéndose al Embajador británico, escribe el Dr. Escobar que «manifestaba el señor Hoare una marcada mala voluntad hacia el Ministro de Asuntos Exteriores de España, señor Serrano Suñer; pero no advertí los mismos sentimientos para con el General Franco» (pág. 50). Con respecto al Embajador norteamericano, Alejandro Wedell, señala que «no se adaptaba a la situación y parecía no comprender el momento político por que atravesaba España. Miraba los acontecimientos como si estuviera en Washington y resolvía, a mi entender, los asuntos con ese criterio «de distancia» que le impedía palpar la realidad. Su distanciamiento del Ministro Serrano Suñer era manifiesto, y a su vez éste, informado como estaba de la más insignificante declaración inamistosa del Embajador Wedell, la retribuía apasionadamente» (pág. 53).

La propia posición del Embajador argentino en este ambiente es señalada por el doctor Escobar en estas claras líneas (página 16): «En España, si bien era gratísima la función de Embajador, me encontraba entre el fuego de las Embajadas de Gran Bretaña y Estados Unidos y de Alemania e Italia.» Entre estos dos grupos, el representante argentino mantuvo una postura similar a la española: la de neutralidad. La República Argentina vino sosteniendo con firmeza su neutralidad desde el comienzo de la segunda guerra mundial, aun cuando, «a medida que intervenían en la contienda nuevos pueblos, se reprochaba al nuestro su neutralidad, apacible indiferencia, según algunos, y según otros, parcialidad manifiesta» (pág. 15).

Con relación a España, los propósitos del Embajador argentino eran principalmente tres: 1.º Ayudar al pueblo español mediante la negociación de un crédito de doscientos a trescientos millones de pesos argentinos, con los cuales España podría adquirir trigo, maíz, carne, etc., en la Argentina, cuya forma de pago se establecería de común acuerdo. 2.º Reconocimiento de la ciudadanía argentina a los hijos de españoles nacidos en territorio argentino; y 3.º Conclusión de diversos convenios culturales. De estos objetivos fué, si acaso, el segundo el

que con más interés trató de resolver felizmente el Embajador Escobar, coronando el éxito sus gestiones al firmarse por el Gobierno español el Decreto de 22 de abril de 1942, que terminó «en forma satisfactoria un asunto que por diversas circunstancias, desde el reconocimiento de nuestra independencia por parte de España, no había encontrado solución, pues en la práctica habían sido desvirtuados los patrióticos afanes de todos los Ministros y Embajadores que la Argentina envió a España. Mis gestiones diplomáticas tuvieron un epílogo gratísimo con el Decreto de reconocimiento de la nacionalidad argentina a los hijos de españoles nacidos en nuestra tierra» (pág. 239). Asimismo relata ampliamente el Dr. Escobar sus esfuerzos y sus logros en orden a «la nueva política económico-financiera de beneficios mutuos» entre España y la Argentina: intercambio de maíz por hierro; venta de algodón, trigo y carne, y la negociación del Tratado general de comercio hispano-argentino de 5 de septiembre de 1942. Junto a esto merece destacarnos aquí la comprensión clara y recta del Embajador Escobar de lo que podríamos denominar «política de hispanidad».

* * *

La obra que recensamos es, por otra parte, una relación de las actividades del Embajador argentino en Madrid: sus viajes por todas las tierras de España y su contacto con los españoles. Sobre los primeros, con galana pluma el Dr. Escobar acierta a describir la geografía peninsular; sobre los segundos, sus observaciones son sagaces, aun cuando algunas opiniones, como la de la página 62, in medio, nos parezca discutible, y aun también la de la página 225.

En definitiva, al terminar ahora nuestra recensión, nuestro primer juicio debe ser reafirmado: no hay en *Diálogo íntimo con España* ninguna revelación sensacional, pero sí una plena captación del ambiente político-internacional de España en los años 1940-42. Y sobre todo, sin mengua de la debida objetividad, queda bien manifiesto en las páginas de estas «Memorias» un ferviente amor a España y una clara comprensión de la situación española: comprensión y amor reiteradamente demostrados por el Embajador Escobar.

Luis GARCIA ARIAS

A decade of american Foreign Policy (Basic Documents, 1941-1949). Government Printing Office. Washington. 1950.—Un vol.—1381 págs.

Nunca tan acentuadamente como en los momentos presentes, reiteró su propósito Norteamérica de no considerar su cooperación respecto de la Europa occidental como algo ocasional o renunciabile. Recientemente, Dean Acheson, al concluir las reuniones tripartitas de Londres, hacía constar que los Estados Unidos tenían «a continuing interest and stake in european affairs». Estas aseveraciones insistentes se formulan con una doble finalidad: 1) Persuadir a los norteamericanos que aun consideran factible una retirada, como la consumada en 1920, desentendiéndose Norteamérica de lo que ella consideraba como contagiosas y peligrosas complicaciones europeas; 2) Proporcionar seguridades a los sectores europeos donde anida la creencia de que al epilogar el espacio de tiempo asignado de vigencia al Plan Marshall, Europa se vería desconectada de la ayuda norteamericana, abriéndose así un período de peligrosa crisis, semejante al que el viejo mundo padeció hasta la puesta en acción del E. C. P. (European Recovery Program). Ello sin olvidar que si los recalcitrantes aislacionistas norteamericanos, con el dorso vuelto al presente, buscaban en la Historia la apoyatura de sus tendencias inhibitorias, también Europa, tornando la vista a lo acaecido después de la guerra universal número uno, podía ver incrementada su perplejidad pensando en la posibilidad de un desraque norteamericano. Esta actitud recelosa de Europa, que Dean Acheson pugna por desvanecer, no sólo implicaría una desilusión para el viejo mundo y una parecida merma de su voluntad y capacidad de resistencia frente a la infiltración comunista, sino que pudo engendrar, y de hecho dió nacimiento, primero, a una inclinación neutralista prendida en la posibilidad de verse el viejo mundo desentendido de la querrela ruso-norteamericana. y, más recientemente, a otro fenómeno que los norteamericanos contemplan, no sin honda y explicable alarma, y que ya se ha bautizado con el rótulo de «neoislacionismo europeo», imagen extraña, cuya originalidad parece haberse incrementado con la aparición del «Pool Shuman-Monnet», que en ciertos sectores norteamericanos se considera como

un intento francés de recuperar su protagonismo en Europa, mediante un plan revolucionario, ya que implicaría la colaboración en un pie de igualdad de Francia y Alemania.

Si todo cuanto dejamos perfilado es cierto, asistiríamos a una reacción paradójal: la de Europa, que antes, con ademán suplicante, pretendía enternecer a los aislacionistas norteamericanos y ahora quiere hacer suya la tesis aislacionista, considerando que su problema puede desconectarse de la rivalidad ruso-yanquee, construyendo una especie de neutralidad armada que impondría respeto a los Estados Unidos y a la U. R. S. S., haciéndoles pensar en la posibilidad de ventilar sus diferencias sin complicar a Europa en sus específicas querellas. Ese sector del neoislacionismo europeo, repudiaria, por tanto, la tesis de la mediación entre dos mundos hostiles —que un día respaldara el General de Gaulle— y optaría por escribir su propia historia.

Todas esas manifestaciones, recientes e inquietantes, de la política internacional europea, indudablemente constituyen el más claro antídoto del aislacionismo norteamericano, y equivalen, al propio tiempo, a un poderoso estimulante para cuantos, en la otra orilla del Atlántico, respaldan la tesis de la colaboración permanente apoyada en identidad de riesgos y destinos, de Norteamérica y la Europa de Occidente. De todo lo cual cabe deducir, que si Norteamérica almacena la fuerza y la potencia y la riqueza, a Europa, postrada y convaleciente, le bastó echar mano de su capacidad dialéctica para transformarse de mendicante en exigente.

Entre los signos delatores de que cada día cuenta con menos posibilidades de realización el aislacionismo norteamericano, el volumen que sirve de base a esta recensión, puede constituir una irrefutable prueba gráfica.

La publicación de dicha recopilación de documentos, fué reguerida por Tom Connally, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado y destinada a ser libro de consulta no sólo de los senadores y representantes, sino de enorme utilidad

para todos aquellos que tratamos habitualmente de problemas internacionales. La amabilidad de Mr. Thomas T. Driver, primer secretario y agregado de Prensa de la Embajada norteamericana en Madrid, puso a nuestro alcance este magnífico volumen, cuyo valor, como fuente recopiladora, no precisa ser destacado. Se trata de un libro de consulta insustituible; pero no es este su único valor, ya que, al propio tiempo, constituye un índice preciso de cómo se ha universalizado la política internacional de Norteamérica, en medida tal, que a Dean Acheson le fué dable propugnar su doctrina de la «Diplomacia total».

El libro citado se descompone en VIII partes o capítulos, cuya reseña ofrecemos seguidamente al lector de estas páginas.

Parte I: Documentos de tiempos de guerra, articulados con vistas a la paz.—Parte II: Conferencias de la Paz.—Parte III: Organización de las Naciones Unidas.—Parte IV: Organismos técnicos y especializados de las Naciones Unidas.—Parte V: El sistema interamericano.—Parte VI: Territorios ocupados y países vencidos.—Parte VII: Areas de especial interés para los Estados Unidos (comprendiendo Canadá, China, Francia, Gran Bretaña, Grecia, India, Pakistán, Indonesia, problema del Danubio, Irán, Palestina, Filipinas, España, Tánger, Estrechos otomanos, Rusia).—Parte VIII: Problemas internacionales actuales (criminales de guerra, genocidio, problema de reparaciones, sistema de voto en el Consejo de Seguridad, control internacional de la bomba atómica, reducción y regulación de armamentos, fuerzas armadas de las Naciones Unidas, derechos humanos, personas desplazadas, intercambio educacional, reconstrucción y ayuda financiera, sistemas de defensa colectivos, asistencia técnica para el desarrollo económico).

Esa profusión de problemas expuestos (prácticamente alcanzan a los cinco mundos y a los siete mares) encuentra su complemento en una serie de gráficos y cartas geográficas, que se insertan en cuerpo de la obra o en mapas adicionales. Por cierto que encuadrado entre las páginas 906 y 907 tropieza el lector con un mapa que habrá de llamar poderosamente su atención, sobre todo si está versado en problemas de geopolítica y quiere formarse una clara noción gráfica de lo que la última guerra implicó en cuanto revolucionadora de nor-

mas geopolíticas, que se consideraban como universalmente admitidas y como irrefutables. Es un mapa que lleva el siguiente título: «Mapa mostrando la comparativa vecindad de los Estados Unidos y de la U. R. S. S.» Si en 1638 el duque Henri de Rohan podía escribir «que hay dos Potencias en la Cristiandad que son como los dos polos de los cuales descienden las influencias de la paz y de la guerra, sobre los otros Estados, a saber: las Casas de Francia y España», dicha imagen puede hoy reiterarse con sólo reemplazar las designaciones de Francia y España, por las de Rusia y Norteamérica. Ahora bien, lo que interesa decir es si esa influencia proveniente de una hostilidad latente, necesaria e irremediablemente ha de alcanzar a Estados no incluidos en el área de la respectiva soberanía de las dos citadas grandes Potencias. Ello le será dable responderlo al lector si contempla el mapa citado; en sus perfiles, indudablemente, encontrarán apoyatura dialéctica tanto los voceros de la neutralización de la Europa occidental, como los propugnadores de un neoaislacionismo europeo, como aquellos que esgrimen el argumento de una «tercera fuerza». Porque ese mapa nos demuestra que la proximidad de Norteamérica y Rusia es mucho más acentuada de lo que pudiera deducirse utilizando criterios geográficos clásicos. La innovación, mejor diríamos la revolución geográfica, está determinada por el hecho de que ahora el Polo Norte y la región ártica constituyen el punto y la zona neurálgica en posibles abordamientos de Norteamérica y Rusia. El mapa, tomando un punto, que considera como el centro geométrico de Estados Unidos, comprendido entre Denver (Colorado) y Kansas City (Kansas), nos enseña que la distancia entre los centros vitales de Rusia y Norteamérica no es tan abisal como se suponía, sobre todo si esa distancia se mide a través de la zona ártica. El mapa traza unos radios, que tienen como centro ese punto geométrico, y como puntos extremos Home (en Alaska), Vladivostok y Moscú. La distancia es, respectivamente, de 3,055 millas, 5,975 millas y 5,390 millas. Cualquiera de ellos está perfectamente al alcance de la moderna aviación, que, de ese modo, convierte en vulnerables, acentuadamente vulnerables. Los centros vitales de Rusia y Norteamérica. El mar que separa esos adversarios potenciales es el Océano Ártico, que Rusia quie-

re convertir en su «mare nostrum», y a cuya consecución van encaminados todos sus esfuerzos; desde las costas árticas de Rusia puede organizarse una ofensiva marítima a las costas del Pacífico norteamericano, a través del estrecho de Behring; de tal modo, que la hostilidad potencial de Rusia y Norteamérica, en el orden aéreo y marítimo, se centra en la zona del Ártico, coincidiendo en la misma línea, trazada de Norte a Sur, ese centro geométrico de Norteamérica y el Polo Norte. Con estas nuevas realidades ha de contar todo aquel que indague respecto a las condiciones e inclinaciones geopolíticas de los Estados Unidos y de la U. R. S. S. Es este un

tema palpitante y apasionante a la vez, y a cuyo estudio estamos dedicando nosotros preferente atención, seguros de que si queremos leer en el libro del porvenir, nada más indicado que asimilar esa revolución que, en el orden geopolítico, se está operando a pasos agigantados.

Aun cuando respecto al contenido del volumen que reseñamos pudieran decirse muchas más cosas, consideramos que lo precedentemente consignado demuestra de modo evidente el interés que encierran esas páginas y la oportunidad de su publicación por el «Government Printing Office», de Washington D. C.

CAMILO BARCIA TRELLES.

B. KUSNEERZ: *Stalin and the Poles*; Londres, 1949; Editorial Hollis & Carter; 307 páginas.

«Una acusación contra los dirigentes soviéticos», subtítulo su autor, miembro del Gobierno Bor-Komolawski, a esta obra.

Y en verdad que es eso, un fortísimo y bien documentado alegato contra los invasores y sojuzgadores del pueblo polaco, culpables, a lo menos, de los mismos crímenes y violaciones del Derecho de Gentes de que se hicieron reos a los jefes alemanes juzgados en Nuremberg. ¡oh, paradoja!, por un Tribunal de que formaban parte los mismos que, de acuerdo con Hitler, asestaron la puñalada por la espalda a Polonia en el otoño de 1939.

El libro está dividido en dos partes; la primera, correspondiente a la época de la alianza germano-soviética, y la segunda, al período en que la U. R. S. S. forma en las filas de los aliados y aparece como una de las grandes «democracias» en lucha contra la «agresión y la tiranía».

Tras estudiar con bastante detalle, en un a modo de preámbulo, la idea marxista-leninista-stalinista de soviétización mundial, con una especial referencia a la pugna entre mencheviques y bolcheviques, y a la posterior de trotskistas contra stalinistas, señala los postulados de Lenin, puestos en práctica por Stalin, de dictadura del proletariado y de lucha contra el capitalismo y la religión, en cualquiera de sus manifestaciones, pero especialmente la Iglesia Católica.

Estos postulados son esenciales para el

logro de la meta final: la revolución y bolchevización de todos los pueblos. Ese es el fin del comunismo, y las diferentes posturas políticas de su adeptos, son sólo variaciones tácticas aconsejadas por coyunturas del momento, que sólo tienden a hacer más fácil la consecución de aquel último objetivo.

No vacila el autor en calificar la invasión soviética de Polonia de agresión, contraria a todos los Tratados firmados por Polonia y la U. R. S. S. a raíz de la guerra polaco-rusa de 1920, a los Acuerdos de arbitraje y al *Convenant* de la Sociedad de Naciones, y, sobre todo, al Pacto Briand-Kellog, al que ambas Potencias se adhirieron.

Ninguna de las razones aducidas por la U. R. S. S. para justificar su acción son válidas. No lo es la *debellatio* o desaparición de Polonia, que rebate documentalmente, como tampoco el caso de *derelictio*.

El más importante testimonio es el *Diario* del Conde Ciano, en el que se habla de una conversación con Von Ribbentrop, referente a la entrada en la guerra de la Unión Soviética como consecuencia de un Pacto previamente acordado. El mismo Ministro de Asuntos Exteriores alemán en Nuremberg alegó que si Alemania era juzgada por agresión, también debería serlo su cómplice en el delito, Rusia.

La U. R. S. S. es culpable de crímenes

contra la paz, de guerra y contra la Humanidad. Espantan los capítulos dedicados a las deportaciones en masa, en condiciones infrahumanas, de los considerados enemigos del proletariado (es decir, enemigos de la esclavitud impuesta por Stalin) y a la ocupación de Polonia, llevada a cabo contra todos los Acuerdos de La Haya, y con menosprecio de las normas más elementales del Derecho Natural.

Los crímenes soviéticos culminan en la matanza de los oficiales polacos en Katyn, matanza que, sin éxito, se intentó achacar a Alemania. En Nuremberg, donde Polonia, primera víctima de la agresión, no estaba representada en el Tribunal, aunque sí uno de sus agresores, se hizo caso omiso de la minuciosa investigación efectuada para esclarecer el caso, y que no había dejado lugar a dudas sobre quiénes habían sido los autores.

Si interesante es esta primera parte, no lo es menos la segunda, en que aparece la U. R. S. S. «colaborando» y «aliada» con su víctima de ayer.

Fué imposible, a pesar de la reanudación de relaciones, lograr una respuesta rusa sobre el paradero de los prisioneros de guerra polacos, hasta que las fosas de Katyn la dieron de modo trágico y rotundo.

Otra muestra de la amistad y probidad soviética fué la actitud del Ejército rojo para con las fuerzas de resistencia polacas, y especialmente frente al levantamiento en Varsovia de los hombres del General Bor, que fueron aniquilados a sangre y fuego por los alemanes ante las miradas impasibles de los aliados rusos.

Finalmente, capítulo importantísimo es el dedicado a la destrucción sistemática de la Iglesia Católica y a los intentos soviéticos de incorporación de la Iglesia Rutena, de rito bizantino, pero con obediencia a Roma, al Patriarcado de Moscú, que rige el filosoviético metropolitano Alexei, como consecuencia de la «protección» que Stalin, siguiendo el ejemplo de los zares, dispensa a las Iglesias ortodoxas, como medio de incrementar la influencia rusa.

En resumen: una interesantísima obra de apasionante lectura, que si a nosotros, españoles, no nos descubre nada nuevo, puede revelar aspectos desconocidos de la actuación y las intenciones soviéticas a otros pueblos que, sordos y ciegos ante palabras y actitudes que aquí no engañan a nadie, creían ingenuamente en la posibilidad de un acuerdo con Rusia y en su buena fe.

GONZALO FERNANDEZ DE CORDOVA.

RENÉ RISTELHUEBER: *Histoire des Peuples Balcaniques*. París. A. Fayard, 1950.— 504 páginas.

Ha llegado a constituir un lugar común la afirmación de «Los Balcanes, avispero de Europa», o «Los Balcanes, centro neurálgico en la política internacional europea». No obstante, hay mucho de cierto en este tipo de apreciaciones, especialmente si con ellas nos limitamos a constatar una situación, unos hechos. Y digo esto porque si a la frase se la quiere dar un sentido y marcar con ella unas responsabilidades, acaso entonces ya resulte imprecisa, si no absolutamente injusta. Debemos cuidar más de nuestras declaraciones y pensar que no son los pueblos balcánicos los propios responsables de esa turbación y perturbación endémica; son, más bien, los sujetos pasivos y perjudicados de una ausencia de integración europea y de una egoísta intervención de las superpotencias. A esos pueblos, como a otros, el destino

histórico les ha relegado al triste papel de los que se ven impuestos una ruta en la que sólo les resta caminar.

La mezcla y anarquía de razas y grupos políticos; la ausencia de clases sociales con misión y sentido de tales; en suma, todo lo que ofrece de confusión ese mosaico balcánico, ha sido el resultado de una servidumbre al Imperio turco, que ha obstaculizado el desenvolvimiento del proceso nacional. En tanto que los restantes pueblos europeos perfilaban su ser nacional, los Balcanes vivían una situación de indiferenciación bajo el régimen otomano. Han surgido a la vida del Estado nacional en condiciones de inferioridad, y lo han hecho, además, con un retraso de tiempo fatal. Puede decirse que advienen y se integran en un «sistema de Estados» cuando Europa está en rápida etapa de liquidación

de aquel formato de organización política. Hay una frase que sirve magistralmente para señalar este anacronismo, y esta frase es: «balcanización de Europa». Porque Europa estaba, superado el primer conflicto mundial, de vuelta de un régimen de Estados, es por lo que la pervivencia del mismo se califica de perjudicial; decir una Europa balcanizada es afirmar la desorganización de Europa. Los Balcanes son uno de los símbolos más expresivos de esa debilidad europea. Fácilmente se infiere de lo que venimos diciendo la importancia tan grande que posee el estudio del problema balcánico para los que siguen preocupados por la suerte de Europa y, con ella, la del mundo. Esto es lo que justifica el que nos hallamos decidido a realizar un comentario en torno a esta *Historia de los pueblos balcánicos*, que Ristelhueber ha dado al gran público en febrero de éste mismo año.

La mera lectura del índice de materias nos ayuda a comprender el problema, nos facilita una adecuada orientación en el mismo. Todo lo que hay de tormentoso y trágico en la vida de esos pueblos, especialmente el estar a resultas de una disputa y de una decisión en la que ellos no intervienen, queda reflejada en el enunciado de sus fases históricas: I. Los pueblos. II. Las independencias. III. Los Estados balcánicos se organizan; y IV. Los Balcanes en la tormenta. La coyuntura dramática de Europa, al declinar el sistema del Directorio, está gravada en una serie de acciones en los Balcanes; allí se fragua la tormenta y allí alcanza ésta sus momentos más crudos.

A lo largo de las páginas de este libro van sucediéndose hechos y afirmaciones que muestran hasta qué punto el destino de Europa ha trezado sus acontecimientos en aquellos parajes. El yugoslavo se siente orgulloso de haber constituido bastión de Europa durante siglos; así se dice en alguna ocasión (y en el mismo sentido lo ha comentado últimamente Raymond Millet en una serie de artículos aparecidos en *Le Monde* (mes de mayo de 1950), bajo el título «La Yugoslavie et le communisme»); los rumanos salvaron, después de la guerra de 1914, a Europa de la invasión comunista al destrozarse a las milicias de Bela Kun (así lo declaró solemnemente Jules Cambon en un artículo publicado en *Revue des Deux Mondes* el 6 de diciembre de 1927), y así sucesivamente.

La región balcánica es punto central en la historia y diplomacia de Europa. Hay una concurrencia de factores que explican este protagonismo de aquellos lugares. En la antigüedad clásica, en torno al Mediterráneo oriental y al Ponte Euxino se produce la confluencia de pueblos que ayudan a parir a nuestro Continente. Pueblos que vienen del Asia Menor, tribus que descienden de tierras de Asia; todas ellas dispuestas a fijar su sede en aquel estratégico rincón, donde la Euroasia tiene su cordón umbilical. Por ello en aquellas latitudes los choques han sido continuos y violentos; es la parte más sensible de la frontera del Occidente; allí estaba Troya, allí estuvieron turcos y tártaros, allí monta hoy la guardia el Ejército rojo. La independencia de los pueblos balcánicos es una baza de la diplomacia de las grandes potencias europeas. El siglo XIX ha sostenido un régimen de aparente solidaridad y relativa paz sobre una acción conjunta trazada en tierras africanas y en parajes balcánicos. En ambos casos el procedimiento ha sido idéntico: explotar la inferioridad de unos pueblos, la situación caótica de unos imperios, para demorar el choque de los poderosos y con él la explícita confesión del fracaso de un orden internacional. El siglo XIX es el siglo de la política africana (así lo dijo Salisbury), y lo es también el del problema del Oriente.

Viena y Moscú han contendido durante muchos años por la suerte definitiva de los pueblos balcánicos. La tradición imperial de la Casa de Habsburgo, heredera de unos títulos y de unas misiones (al Imperio correspondía la defensa de Europa frente al hereje, lo que explica el interés de Luis XIV en irrogarse esa misión); la corte de los Zares ha esgrimido pretensiones muy semejantes; en definitiva, es el Imperio de Roma y el de Bizancio el que en uno y otro caso se presentan para hacer valer la idea de la unidad de los pueblos europeos. Combaten posiciones religiosas y también tendencias raciales. La Rusia de 1878 ha preparado su acción sobre los Balcanes utilizando el dogma del eslavismo; de él Fedáiev pretendrá obtener los máximos resultados. La Conferencia de Berlín de 1878 muestra hasta qué punto los Balcanes están a resultas del juego de intereses de las grandes potencias; las manifestaciones del Príncipe de Bismarck no dejan lugar a dudas a este respecto. Pero en 1878

han hecho su presencia dos nuevas figuras: el Imperio británico y el Reich alemán. Con pretensiones distintas, pero con un interés y una política activa incontestable, Francia, Rusia, Austria, Alemania e Inglaterra velan en espera de decisiones...

Las paces de 1920 transforman profundamente el estado de cosas. Austria ha dejado de contar, y Rusia, al menos de momento, se ha visto batida en su disputa con Rumania. No estamos en presencia de Imperios que sustentan sus derechos a la intervención, sino de ideologías, de concepciones de vida dispares. La democracia parlamentaria y capitalista, el bolchevismo: éstos son los dos focos de atracción e integración en los Balcanes. La política de penetración no se ejerce, de ahora en adelante, con meras remisiones al pasado; se pertrecha de planes de reforma política y económica. El Occidente ofrece programas constitucionales, libertades políticas, cautas reformas agrarias; el comunismo promete liberación de los campesinos, absoluta y definitiva emancipación de las cadenas del capitalismo internacional...

En la lucha entablada todos los recursos se admiten como legítimos: la mentira, la sedición, la exasperación de los sentimientos nacionalistas, el crimen... El año 1935, y aun más intensamente 1939, marcan profundos virajes en el destino de aquellos Estados. La política de aproximación a las democracias ha llegado a sus últimas realizaciones; los hombres como Titulesco y Gafencu nada podrán conseguir ni evitar. Como impelidos por una fuerza oculta e irresistible, los Balcanes son absorbidos en la tormenta desencadenada por los totalitarismos: son Alemania y Rusia los poderes que surgen como árbitros de los destinos de aquellas gentes. Aparentemente solidarios en la liquidación del régimen «occidentalista», no tardaron en dar signos inequívocos de la antinomia insoslayable de sus intereses: la Conferencia danubiana, el destino de Bulgaria, el régimen de Antonescu, para terminar en la adhesión del príncipe Pablo al Tripartito y el golpe revolucionario de marzo de 1941, son simples chispazos de una rivalidad fatal.

Después de Stalingrado, el Occidente pudo pensar en salvar a Europa evitando la servidumbre de los pueblos balcánicos. Pudo, y debió hacerlo en bien del mundo. Las reiteradas advertencias de hombres conocedores de la cuestión (las muy sugesti-

vas comparaciones de Gafencu) no ejercieron la influencia que hubiera sido de esperar. La última posibilidad de salvación naufragó al desoir Roosevelt las recomendaciones que le hiciera el «Premier» británico sobre la conveniencia de abrir un segundo frente en el mismo corazón de la península balcánica. A partir de 1944, la política torva de Rusia (no ya del comunismo) comenzaba a dar sus frutos. La actuación destacada de Vichinsky posibilitó al Kremlin manejar a Bulgaria, Rumania y Yugoslavia a la «mejor gloria de los destinos del Imperio soviético».

En 1944, y tras un cambio político en Bulgaria, el nuevo jefe del Gobierno, Bagrianov, intenta una paz urgente. Rusia, que no había considerado en ningún momento como enemiga a la nación búlgara, maneja al Ministro búlgaro Ivan Marinov con el fin de hacer fracasar en el seno del Gabinete la política de su presidente. Poco tiempo más tarde, el Kremlin declara la guerra a Bulgaria, culpándola de colaboracionismo con el Reich.

Las maquinaciones son semejantes en Rumania, donde la intervención directa de Vichinsky resulta definitiva. Las solemnes promesas de Molotov formuladas el 3 de agosto de 1944 (no anección, no intervención), quedan desmentidas por la intriga que, hilvanada en Moseú, concluye con el ultimátum de Vichinsky, por el que se derroca el Gobierno del general Radescu y se forma un equipo manejado bajo la presidencia de Groza (sobre lo acontecido en aquellas jornadas de 1945, la Delegación norteamericana, en la cuarta sesión de la O. N. U., hizo declaraciones sumamente interesantes, utilizando una carta del que fué Ministro de Asuntos Exteriores rumano, Constatin Visoianu, al diplomático norteamericano Warren Austin).

Con las mismas pretensiones actuaron los bolcheviques en Grecia y Yugoslavia. Sólo la acción de Churchill y las contradicciones lógicas del comunismo explican el fracaso aquí experimentado. Inglaterra, que ha venido utilizando desde el siglo XIX a Grecia como adelantado en su política oriental (el libro de Kistelhueber da detalles muy precisos sobre cómo manejó el Gobierno británico a Grecia en la crisis de 1922 y 1923 para conseguir, a través de intervención, el dominio exclusivo de los Dardanelos), y que tenía allí importantes intereses económicos y financieros que defender, se vió obligada

a la actuación angustiosa del invierno de 1944 para evitar el triunfo del Eslav. ¿Y Yugoslavia?...

Un libro sobre los Balcanes no es cosa rara de consultar; un buen libro, ya no es tan fácil (aunque existen especialistas notorios; por ejemplo, Seton Watson); un libro en el que se recoja la «herejía yugoslava» es aún sumamente difícil. Y esto es lo que hace más interesante *La Historia de los pueblos balcánicos*, de Ristelhueber. Destaquemos dos apreciaciones, dos textos que creemos resultan bastante acertados de juicio. «El interés del caso de «Tito» sobrepasa con mucho el cuadro yugoslavo. Plantea ante las conciencias comunistas un problema nuevo: la obediencia a la disciplina soviética, ¿implica forzosamente una renuncia a todo espíritu nacional, o la práctica de las doctrinas marxistas es compatible con el patriotismo?» (pág. 457). Y a manera de conclusión, como el médico que diagnostica la enfermedad y su posible curso, se nos dice: «Así se renueva el viejo juego de la rivalidad de las potencias en los Balcanes. La Rusia continental se esfuerza por hacer saltar el cerrojo que la impide el acceso al Mediterráneo; los países marítimos, con los Estados Unidos a la cabeza, se esfuerzan por impedirlo. No es tan sólo en las márgenes del Elba, sino también en las costas del Egeo y en los Dardanelos, donde la avalancha soviética será contenida o en donde las fuerzas democráticas sucumbirán aplastadas bajo el rulo nivelador de la masa rusa» (pág. 474).

Hemos hablado del caso griego y también de la herejía de Tito, y hemos afirmado que la exacta apreciación de este acontecimiento es de la mayor importancia para el que se quiera orientar en las intrincadas cuestiones de política mundial en que hoy nos debatimos. En junio de 1948, la *Kominform* acusaba severamente al régimen de Tito (más tarde el lenguaje ha ido degenerando, hasta hacerse usual el término de «Tito y su pandilla») de desviación de la recta doctrina marxista. La lista de cargos era bastante grave: terrorismo innecesario y contraproducente; poco celo en la colectivización agraria; impremeditada socialización de la industria, etc., etc. En un discreto artículo de A. J. Fischer («Heresy in Yugoslavia», *World Affairs*, enero 1949) se separan los motivos alegados de los verdaderamente existentes, que fueron: temor a que Tito resultara el Stalin de los Bal-

canes; situación difícil que la política exterior de Tito (Trieste, Carintia, Salónica) colocaba al Kremlin, y la amenaza grave de que Tito consiguiera en torno suyo constituir la gran federación de los Balcanes. La realidad nos dice: a) Que Tito actuaba en la política interna con criterios distintos de los stalinianos; y b) Que Tito sostenía en política exterior una línea de conducta propia, fijada en atención a los intereses de su nación. Durante bastante tiempo he leído en la Prensa norteamericana un dicho muy popularizado en Yugoslavia: «Los «partisanos» hablan de Marx como el Cristo del socialismo; de Lenin, como figura paralela a San Pedro; Stalin es el primer Pontífice, y Tito, el primer protestante»; herejía en definitiva; torcida interpretación del dogma; esto sería el «tismo».

Hay dos maneras, un tanto simplistas, de enfocar el asunto: los filocomunistas pueden llegar a creer en una traición de Tito (al lado de la cual todas las anteriores «ignominias» de los hombres de la guardia leninista quedarían superadas); en este sentido Dolores Ibárruri trata de presentar la biografía del jefe de los «partisanos» (de él dice que fué un agente de la Gestapo y que como tal actuó en la guerra civil española). No se requiere un examen detenido para impugnar esta tesis: baste indicar que fué Stalin el que decidió a los anglosajones a inclinarse por Tito, abandonando al general Draga en unos instantes en que precisamente el Gobierno exilado del Rey Pedro acusaba a Tito del más grave pecado que puede cometerse a los ojos de Stalin: el ser trostkista. A este respecto son interesantes los datos que ofrece la publicación de la Universidad de California en el libro sobre Yugoslavia que, editado en 1949, forma parte de «The United Nations Series». Los occidentalistas —a los que todo lo que sea tratar de comprender lógicamente los actos de Rusia y del comunismo les parece empresa inútil, sino imposible, y por lo que prefieren darse a toda clase de cábalas y jugadas espectaculares— se verán tentados de exclamar, como quien está en el secreto de la intriga, que todo ello es una «gran jugada emprendida de consumo por Stalin y Tito». Pienso que lo más cuerdo es esforzarse por ver las cosas tal como son: Tito, ardientemente socialista (comunista más radical que el mismo Stalin), pero perteneciendo a un medio campesino y res-

ponsable de una política interna con la que forjar la suerte de un pueblo orgulloso de su libertad, se ha visto obligado a caminar por rutas distintas de las utilizadas por Stalin. No encuentro razón alguna para que el bolchevique hable de herejía. ¿Es que acaso toda desviación del pensamiento marxista es herejía? Entonces Lenin habría sido el primer hereje con su NDP, y el más consumado de ellos, Stalin, al dogmatizar sobre la posibilidad de un socialismo limitado a la nación rusa. Lo que sucede es que en el supuesto del comunismo ruso, al no existir otra potencia comunista, no había autoridad que formulara la acusación de herejía. Lo que tenemos ahora que preguntarnos es: ¿Hasta qué punto la prioridad en la realización del comunismo que posee Rusia la otorga los poderes sagrados que supone el exorcismo y el anatema?

El cisma de Tito tiene un alcance ideológico indiscutible. El hecho de que marxistas de muy diversos lugares se hayan afirmado en favor de Tito y que se vengán constituyendo grupos comunistas «titistas», lo prueba de modo contundente. El titismo tiene sus dogmatizadores: Djiles, Popovitch, Pjaje, y toda la doctrina del órgano *Borba*. ¿Cuáles son los rasgos más salientes de esta doctrina? El columnista neoyorquino C. L. Sulzberger, en un artículo publicado en el *New York Times* (5 de septiembre de 1949), y como conclusión de una serie de conversaciones celebradas con Tito y los más destacados hombres de su Gobierno, nos exponía en los términos que siguen la oposición entre Tito y Stalin: a) En el orden agrario, Tito procede a una reforma mediante la instauración de cooperativas autónomas (el régimen de las «Zadrugas» constituye objeto muy interesante de estudiar), y no según el cauce stalinista de las «granjas colectivas», directamente sometidas al Estado. b) Una condena del capitalismo de Estado, al que el yugoslavo denomina «burocratismo»; y c) Una afirmación rotundamente democrática, en atención a la activa intervención de todos los ciudadanos. Para Sulzberger, ¿no podía interpretarse todo esto como un intento de crear un comunismo más humano y europeo? Y es interesante este juicio de Sulzberger en cuanto no es de los periodistas más dados a lo impresionable.

Para nosotros, no obstante, seguirá siendo siempre el punto crucial de la cuestión la doctrina internacionalista del titismo. Ya

en el año 1938 un comunista servio, Ciliaga, hablaba de «cómo Marx no había dejado ultimada una verdadera doctrina internacionalista». Esta afirmación se viene repitiendo insistentemente en las publicaciones yugoslavas. Si con ello se quiere decir que Marx no pudo exponer un sistema de relaciones entre Estados socialistas libres e iguales, se está en lo cierto. Marx no pudo llegar a la elaboración de tal doctrina, entre otras razones, porque dentro de su forma utópica de interpretar el proceso del comunismo, tal problema no podría plantearse con caracteres sustanciales. Si Marx profetizaba la desaparición del Estado y de la Patria; si Marx creía en una unión de todos los trabajadores al margen de la ley y del poder, ¿qué sentido tenía el preocuparse por un orden internacional? El gran error, la contradicción magna del marxismo, ha consistido precisamente en su postura frente al problema internacional. Révész, en su *Anatomía de la Paz*, ha demostrado hasta qué punto el socialismo ha actuado con las mismas taras que cualquier nacionalismo burgués; más profundamente, Ropke (en su *International Ordnung*) ha probado cómo el pecado máximo del nacionalismo: el imperialismo y el monopolismo, tienen en el marxismo sus más ardientes representantes. Marx no pudo enseñarnos una teoría de las relaciones internacionales; el marxismo no puede jamás ofrecernos un sistema de comunidad internacional.

Veamos cuáles son los postulados internacionalistas del titismo. En un «fondo» publicado en junio de 1949 por el órgano oficial *Borba*, se decía: «El deseo de los jefes yugoslavos es constituir una *Commonwealth* de naciones comunistas, como sistema opuesto a la dictadura internacional ejercida por la Rusia soviética.» En la intervención del delegado yugoslavo, Djilas, en la última Asamblea de la O. N. U., se expresó la hostilidad que su Gobierno siente por todo intento de dictadura internacional ejercida por las grandes potencias en detrimento de los derechos que todos los pueblos tienen. Y así podríamos ir citando declaraciones, todas ellas centradas en la misma idea: igualdad entre todos los Estados y aspiración a constituir una magna comunidad de Estados socialistas libres, iguales y soberanos.

La doctrina, en sí, no es opuesta a la dogmática soviética; todos sabemos que

BIBLIOGRAFÍA

han sido los Soviets los más acérrimos partidarios del dogma de la soberanía nacional, y con él, de todos los derechos clásicos y fundamentales que el Derecho internacional positivista defendiera. La oposición efectiva se da entre la doctrina yugoslava y la práctica rusa. Pero es, y sólo esto, la manifestación de esa contradicción interna que existe en el marxismo, que, nacido bajo alegatos de liberación de hombres y

pueblos, sólo constituye el episodio final de un sistema caracterizado por la supresión de la persona y de la nación. Por eso, y en las márgenes de esta región que llamamos los Balcanes, el mundo tiene gravitando su destino al mostrar, o sucumbir sin éxito en la empresa, que el marxismo es una utopía desintegradora y nada más.

MARIANO AGUILAR NAVARRO